

MANIPULACIÓN

Le costaba respirar y en su cabeza se había instalado un dolor insoportable; le costó reaccionar cuando abrió los ojos. Recordaba que cuando llegó a su casa se había tomado un analgésico; ya le dolía la cabeza, y se acordó que el temblor de sus extremidades le impedía que sus pasos fueran firmes. Suponía que había considerado que lo más oportuno había sido meterse en la cama y esperar que el resfriado desapareciera. Sabía que el proceso de incubación es lento, pero en un par o tres de días estaría nuevamente en forma. Ahora se encontraba fatal, pero como debía sentirse cuando llegó a casa, que se había acostado vestido con la misma ropa que llevaba, lo mejor era tomar una ducha caliente, que seguro le ayudaría a mejorar.

Con decisión y a pesar del malestar, tomó impulso. A duras penas, haciendo un acopio de valentía, consiguió incorporarse, respiró profundamente y con entereza se esforzó, y, finalmente, consiguió levantarse de la cama, arrastró los pies y sujetándose en la pared del dormitorio llegó al cuarto de baño. Tras lavarse la cara con abundante agua, se miró al espejo del lavabo; tenía el cabello revuelto, estaba muy pálido, el dolor de cabeza le machacaba las sienes y le impedía pensar. Se acercó y el espejo le devolvió la mirada, se restregó los ojos y se acercó aún más al cristal.

¿Qué tenía en los ojos? Se los volvió a frotar enérgicamente; un sudor frío le estremeció el cuerpo. Aquellos no eran sus ojos. Sus ojos eran azules, pero la imagen que reflejaba el vidrio... Cerró los ojos, volvió a mirarse al espejo, ¿cómo era posible? ¿Era su cara?, por supuesto que sí, pero cada ojo era de un color diferente; uno verde y el otro marrón. Estaba consternado.

De golpe se sintió débil, aterrado. Las manos le temblaban, las piernas le flaquearon y cayó al suelo; intentó inútilmente levantarse, la vista se le nubló y con tanto esfuerzo perdió el conocimiento.